

Pesetas.  
Madrid, un mes. . . . 1,50  
Provincias, trimestre. . 6,00  
Extranjero y Ultramar,  
año. . . . . 60,00

Número suelto del día, 5 céntos.  
Idem atrasado, 50 ídem.

AÑO VIII

# El Eco Nacional

DIARIO POLÍTICO

MADRID.—Jueves 4 de Abril de 1889

En Madrid, en la Redacción y Administración, calle de la Biblioteca, núm. 9, bajo izquierda, dirigiéndose exclusivamente al Director propietario D. Guillermo Aufrán.  
En provincias las en principales librerías.  
En París Jouaust et Sigaux editores.

Núm. 2.495

## La reelección.

Los movimientos de la opinión pública, determinados por algún acontecimiento que la haya herido muy profundamente, pasan generalmente entre nosotros sin dejar una huella positiva que mejore la situación o evite los males que se lamentan. Esto, que es la regla general, ha tenido una excepción brillante en la última campaña sobre moralidad administrativa que se ha llevado a cabo en las Cortes, en la prensa y en el seno del país.

Bastaría realmente para bendecir y justificar el escarceo, con ribetes de tempestad, le vantada hace poco, el proyecto de ley, que de tan distinta manera es apreciado en nuestro campo político y está pendiente del fallo del alto Cuerpo Colegial, prohibiendo la reelección para los cargos municipales.

Sentimos estar en desacuerdo con muy estimados colegas, que se han colocado en la oposición respecto a este detalle, pues nosotros consideramos dicho proyecto perfectamente de acuerdo con las prácticas de los pueblos más adelantados en el camino de la democracia, con las reglas de la más vulgar prudencia y con los datos que arroja la experiencia de nuestro renacimiento político y administrativo.

Sabido es que la Constitución de los Estados Unidos, modelo irrecusable en este género de cuestiones, no permite la reelección de los presidentes en dos periodos consecutivos, como tampoco las de los Estados subalternos, sin que por esto crean vulnerada la dignidad de los excluidos por la ley, ni estrechado en demasía el círculo de las personas elegibles.

Concebimos como el ideal que los pueblos tengan libertad absoluta, ilimitada de elegir y reelegir las personas que merezcan su confianza, pero los fundadores de la gran república tuvieron sin duda en cuenta la facilidad de abusar de los inmensos recursos que ofrece la posesión del poder, convirtiéndolo en un cargo transitorio en institución permanente. La experiencia de más de un siglo ha demostrado la alta sabiduría de los que tuvieron aquella previsión.

En el sistema monárquico constitucional no caben peligros de esta índole en lo que se refiere a los jefes de gobierno en el orden político, pero existen en toda su integridad respecto a los que presiden corporaciones populares de índole administrativa.

No comprendemos la ruda oposición que desde ciertas regiones se ha levantado contra el proyecto en cuestión. En un período constituyente tendría razón de ser dicha limitación, teniendo en cuenta las debilidades del corazón humano y la poderosa tentación que ofrece el poder de abusar impunemente de los recursos oficiales que tiene en sus manos el municipio en el momento de una elección. Es a la vez juez y parte en el litigio, y le es fácil inclinar la balanza en su favor con el peso de una influencia irresistible.

Mas ¿qué diremos mirando a las enseñanzas del pasado? ¿quién podrá abrigar escrúpulos y pudibundas melic losidades, viendo el único escarceo con que en nuestros municipios se ha hecho de la institución popular un feudo, un escabel, un filón, un desafío al derecho y a los intereses de los ciudadanos?

En nombre de la justicia absoluta consideraríamos sabia y profunda la medida que ha consagrado para sus presidentes la constitución más perfecta del universo; pero cuando se la estudia desde nuestro punto de vista práctico y experimental, no ha objeción posible, y casi nos atreveríamos a decir que, antes de exponerla, es conveniente cubrir el rostro donde haya quedado un resto de pudor.

No se diga que entonces si fuera preciso generalizar la ley y hacerla extensiva a las corporaciones políticas. Sin negar en absoluto que esto pudiera ser procedente algún día, negamos que exista completa paridad. Raras veces un gobierno hace dos elecciones generales seguidas en nuestro país, mientras que esto sucede con frecuencia, en todo o en parte, tratándose de las municipales. Y además debe tenerse en cuenta la distancia que media de una función esencialmente política a otra esencialmente administrativa, para los fines de semejante ley.

España entera tiene su esperanza puesta en la ley que está pendiente de la sanción del Senado. Las delaciones terribles hechas en el Congreso y en la prensa, los grandes abusos respecto a las listas electorales y otros muchos resentimientos que no han salido a la superficie, han dado tal carácter de urgencia al mencionado proyecto de ley, que sería muy expuesto retroceder en el camino emprendido, sea por consideraciones personales, sea por indecisión de carácter; oponiéndose a la avasalladora corriente de la opinión, que en este punto viene engrosada con el voto de casi todos los españoles.

Lo repetimos; esto es lo único positivo que se ha proyectado para responder a la ansiedad del país, al deseo de ver pronto cerrada la llega de la inmoralidad administrativa, que ha estado patente a los ojos de todo el mundo. Mediten los partidarios de la reelección la inmensa responsabilidad que contraen ante su conciencia, ante el país y ante la historia.

## ECOS POLÍTICOS

La República encabeza un largo suelto con las palabras: «El movimiento coaccionista en provincias.»

A lo que llaman provincias los republicanos...

Media docena de amigos, que sostienen un periódico, para sus usos particulares.

Dice *El Liberal*, ocupándose de nuestros vecinos.

«Indudablemente la situación de la república es insostenible.

Lo que dice un periódico monárquico:

«El gobierno francés no puede impedir que triunfen en las próximas elecciones el general Boulanger y sus amigos.»

Cierto.

Pero eso prueba el atraso en que vive Francia.

Porque el Gobierno español lo impediría.

Aquí nunca se ha impedido que triunfe la voluntad nacional, con votos o con tiros.

Los republicanos no tienen una cosa ni otra.

De La Unión:

«Según leemos en *La Correspondencia*, los caballeros de la Orden Pontificia y Militar del Santo Sepulcro de Jerusalén han elegido por unanimidad presidente de su junta directiva a D. Práxedes Mateo Sagasta, Gran Oriente que ha sido de la masonería española, de la cual es V. H. g. 33.

La Enciclopedia de Nuestro Santísimo Padre León XIII ha debido ponerse colorada, y en el Santo Sepulcro de Jerusalén se habrá oído quizá un suspiro.»

Y dirá con razón el Sr. Sagasta:

«¿Qué culpa tengo yo de que esas gentes no se entiendan ni sepan a qué carta quedarse?»

Comentando la noticia de que el general Martínez Campos no le ha gustado el dictamen que sobre el proyecto de reformas militares ha emitido la comisión del Senado, dice *El Liberal*:

«Pero entendámonos.

Cuando al general Martínez Campos le produce un dictamen desagradable sorpresa, ¿qué pasa?

Porque hay que verlo todo.

No sea que nos vaya a venir algún mal por ahí.

Aunque a nosotros, así, a primera vista, nos parece que no nos importa nada.»

Lo mismo le pasa a todo el mundo.

Mal andan los conservadores.

Dice *Las Occurrencias*:

«En Lérida circulan monedas falsas de 25 pesetas.

¡Qué suerte!

Por aquí ni aun las falsas se ven.»

Así se comprenden las impaciencias de los correligionarios del colega.

Por eso se mantienen con la esperanza... falsa del poder.

Ayer se leyó en el Senado una proposición del general Dabán, concediendo derecho preferente a ocupar destinos civiles de su categoría a los jefes y oficiales excedentes.

¿No sería mejor que el Sr. Dabán pidiera como condición indispensable para ser empleado civil, el haber sido antes militar?

Las cosas ó hacerlas por completo ó no hacerlas.

Los ministros también deben ser militares.

Aunque tal vez esto no se atreva a pedirlo el general Dabán.

Leemos en el periódico carlista *El Correo Español*:

«En los círculos políticos se habla del próximo ingreso del partido que acudilla el Sr. Romero Robledo en la grey fusionista.

Esperaremos a ver lo que dicen las naciones extranjeras.»

Seguramente no dirán nada.

Como que no se trata de la venta del Toisón de oro, ni de los escándalos con las húngaras, ni de ningunas otras fechorías cometidas por D. Carlos.

## CARTA DE PARIS

(Conclusión.)

Del otro lado del agua, el Panteón recibiendo la visita de los que se extasían ante aquel letrero «Aux grands homes, la patrie reconstruit»; el Boulevard Saint Michel, tan animado como siempre, el café de Science lleno de estudiantes y de *ces dames*—por que las grisetas han desaparecido—y hasta en la rue de la Comédie, el café donde Voltaire, a los sesenta años, tomaba su veneno lento.

Lo que podría llamar el París legendario de nuestro tiempo, el que conoce la generación que alcanzó a Cavagnac y trató a Gambeta, lo saliente de la capital de Francia desde 1848 hasta 1889, continúa lo mismo; pero tan cuidado, tan limpio, que parece mas nuevo.

Pero yo no he venido a hablar a los lectores de ese periódico, exclusivamente de París, que seguramente conocen como yo, sino a darles noticia de la Exposición: por consecuencia me dirijo a la rue de l'Université, veo al amabilísimo delegado español Sr. Batanero; pregunto por Mérida a quien no encuentro, y para empezar mi cometido, y como parte histórica, voy a dar a ustedes algunos antecedentes de esta Exposición.

La prensa, que siempre en todos los países y en todos los tiempos, ha sido la propagandista de las grandes ideas, en Mayo del 83, inició la de esta Exposición, y el 3 de Abril del 86 se comenzaron los trabajos, con un presupuesto de cuarenta y tres millones de francos.

La Exposición está establecida en el Campo de Marte, y en las márgenes del Sena, desde el puente de Jena hasta el de los Inválidos, cuya explanada ocupa juntamente con los jardines y el Palacio del Trocadero.

Para que el lector pueda formar una idea de lo que será la Exposición, le diré, que el total de ella, abarca un perímetro de 843.590 metros cuadrados, de los cuales están cubiertos 211.000 es decir, que los Palacios tendrán 128.000 metros mas que la Exposición del 78, y 195.000 mas que la del 55.

La clasificación de productos, ha procurado simplificarse todo lo posible, y se han establecido nueve grupos. Arte, Educación y Enseñanza. Mobiliario y accesorios, Tejidos, Industrias extractivas, Utensilios, herramientas y procedimientos de las industrias metálicas, Alimentación, Agricultura y Horticultura.

La verdadera novedad de la Exposición del 89, será el palacio titulado «La Historia del trabajo», que será una verdadera exposición retrospectiva del trabajo humano. Es decir, no basta enseñar a las generaciones presentes, lo que la Ciencia y la Industria crean de consuno, es menester demostrar prácticamente el engranaje que la necesidad, aguijoneando el trabajo, ha hecho de este, produciendo una evolución constante, en cuya virtud va siendo el hombre mas rico, mas moral y más feliz, a medida que satisface más necesidades con menos esfuerzo físico.

La entrada principal de la Exposición, su vanguardia, como han dicho algunos, será la torre Eiffel; tendrá treientos metros de altura; pesa siete millones de kilos, es de hierro y entran en su composición más de doce mil piezas; la superficie total es de mil cuatrocientos metros cuadrados. Se subirá por ascensores, y la coquetería francesa, se encargará de adornar este poderoso alarde del perfeccionamiento a que han llegado las construcciones metálicas de nuestros días. Hay un Palacio de Bellas Artes, y otro de Artes liberales.

Un magnífico edificio para máquinas, cuya nave central tendrá 420 metros de largo por 115 de ancho. Para que ustedes puedan formar idea de lo que será este palacio de las máquinas, les diré, que el coste total es de ocho millones de francos; que el motor calculado para él tiene fuerza de dos mil cuatrocientos caballos.

La agricultura tiene reservados, veintisiete mil metros cuadrados, y muchas máquinas agrícolas se moverán por la electricidad.

La Exposición, principalmente en el Palacio de la Industria, estará iluminada por la noche con luz eléctrica; y los preparativos que están haciendo, no solo Francia, sino todas las naciones, aseguran un éxito colosal a esta Exposición, que será interesante bajo muchos aspectos.

No es posible dar idea en esta primera carta, de lo que ha de ser la Exposición, y precisa establecer un orden, si yo he de cumplir si quiera medianamente con los lectores de ese periódico. Por consecuencia, después de esta primera y deshilvanada carta, comenzaré, no a hacer un estudio, pero sí a dar una idea, principiando por un poco de historia, construcción y parte financiera, y después palacio por palacio, nave por nave, y nación por nación; no la describiré, que esta es empresa superior a mis fuerzas, sino comunicaré mis impresiones, dejando los estudios profundos a los que tengan condiciones de hacerlo.

Muy especialmente me he de ocupar de España, que tan gallarda muestra ha dado de su potencia industrial en la última Exposición de Barcelona, y que ahora se prepara a presentarse dignamente.

En mi próxima carta, empezaré el programa ofrecido, quedando por hoy de usted afectísimo s. s. q. b. s. m.

El Corresponsal.

## EL CRIMEN DE LA CALLE DE FUENCARRAL

Octava sesión del juicio oral y público.

Más gente que nunca, más curiosidad que nunca, mayor expectación que nunca.

En todos los corros se comentan con calor los incidentes de las sesiones anteriores.

Discrepan los juicios en algunos importantes particulares, pero todos convienen en que cada vez es mayor el misterio que envuelve el horrible crimen de la calle de Fuencarral.

Se constituye el tribunal a la una y media. En la escalera de la puerta por donde en-

tran los magistrados (sitio privilegiado para asistir al juicio), están la duquesa de Osuna y otras aristocráticas damas.

El presidente.—Que entren los procesados.

Poco rato después entran estos. Varela viene el primero. Al verle la mayoría de los espectadores se ponen en pie y se oyen voces que gritan:

—¡Sentarse! ¡Sentarse! Así se ve mejor.

Higinia, Dolores y María Avila entran por la puertecilla de los magistrados, es decir, cara al público. Se conoce que no se quiere que se retire éste sin haber visto bien la cara de la famosa Higinia.

INCIDENTE PREVIO

El Sr. Ballesteros.—La acción popular renuncia a algunos de los testigos presentados por ella.

Presidente.—Diga el letrado cuáles son.

B.—Lee la lista.

P.—Está bien.

CAREO ENTRE RAMOS QUERENCIA Y CACHAPERIN

Presidente.—Que pasen Ramos Querencia y Díaz Cachaperin para carearlos. Se ha avisado al preso Cabildo con el mismo objeto, pero no ha venido todavía.

Se presentan Cachaperin y Ramos y se ponen frente a frente. Cachaperin viste hoy gaban. Ramos capa con embozos encarnados.

Fiscal.—Dijo Cachaperin en el sumario y ha ratificado ahora que se presentó el 2 de Agosto en su celda Ramos Querencia para inducirle a declarar que Varela salía de la cárcel siempre que quería, y le prometió que en este caso le dejaría salir de paseo y hasta de la cárcel, porque el director sería el Sr. Díaz Gómez y le dejaría hacer cuanto quisiese. ¿Es verdad? Cachaperin.—Sí, señor.

R. Q.—Es falso todo, hasta la hora en que dice que me vió. Yo no fui a su celda por iniciativa propia, sino por que él me llamó. No entré en su celda, hablé con él desde la puerta que dejó entornada, y me dijo que llamara al juez.

Cuando yo iba a retirarme, Cachaperin llamó al vigilante y le dijo...

C.—Este hombre es un infame. Lo que dice es falso. (Rumores.)

R.—Dijo al vigilante que viese qué hora era. Yo entonces saqué el reloj y dije: «Las doce y veinte» y me fui. Nada más.

C.—Falso.

R.—Falso lo que usted dice. Verdad lo que yo digo.

Presidente.—No se ponen de acuerdo.

Cobena.—¿Dónde pasó usted las primeras horas de la noche de ayer?

R.—Fui a mi casa.

C.—¿Con quién?

R.—Con un primo mío.

C.—¿Y no entró usted en una cervicería?

R.—Sí, señor. A convidarle.

C.—¿Y no le sacaron a usted unos guardias?

R.—No, señor, que vengan los guardias y lo digan.

C.—¿Y no le sacaron a nadie?

Ramos.—No señor.

Cobena.—Y estando ahora el testigo en los pasillos, ¿no ha recibido ninguna carta el señor Ramos?

R.—Una tarjeta del Sr. Gutiérrez Salazar.

C.—¿Y una carta del Sr. Rato?

R.—No, señor.

Rojo Arias.—Dice el testigo que al concluir de hablar con Cachaperin llamó éste al vigilante y le preguntó qué hora era, y sacó el reloj el testigo y le dijo que las doce y veinte, ¿Es verdad eso?

R.—Sí, señor.

R. A.—De suerte que estuvieron ustedes juntos a la puerta de la celda de Cachaperin, éste y el vigilante y usted.

R.—No, señor; el ayudante capatáz estaba en la puerta del piso segundo.

R. A.—¿Fue usted desde allí a ver al vigilante Díaz inmediatamente?

R.—No, señor. Desde allí me fui a la segunda galería, donde yo iba a prestar servicio.

R. A.—¿Inmediatamente?

T.—Inmediatamente.

Ballesteros.—¿Le ha hablado a usted alguien para que declare como lo hizo el otro día?

R.—No, señor. Yo no me vendí. Sé que pierdo el pan por decir la verdad, pero la digo. (Bien en el público.)

B.—¿Y para que declare en otro sentido?

R.—Fara que falte a la verdad, sí, señor.

Casi todos mis compañeros me han dicho que fuese por otro camino, y el domingo el señor Morales me dijo que debía haber declarado de otro modo.

Cachaperin.—Quiero que la Sala se fije en lo del reloj.

Presidente.—Está bien. Queda terminado el careo. Cachaperin puede retirarse. Usted, Ramos, quédese ahí.

VICTORIO LUQUE, PENADO POR HURTO

Fiscal.—En Junio, acompañó al vigilante Díaz Gómez a la distribución de utensilios?

Luque.—Sí, señor.

F.—¿Reconocieron todas las celdas?

L.—No, señor.

F.—¿Entró en la celda núm. 104?

L.—Sí, señor.

F.—¿Estaba en ella Varela?

M.—Sí, señor.

F.—¿Qué ocurrió?

F.—Entramos y hallamos cinco rinconeras; el Sr. Díaz mandó quitar algunas y preguntó



al preso en qué se ocupaba; Varela le dijo que pintar.

F.—¿Llevaba Varela barba?

L.—No, señor.

F.—¿Le conocía usted ahora? Mirele usted.

L.—Sí, ese es.

F.—¿No dijo Díaz más tarde que Varela llevaba barba?

L.—Sí, señor.

F.—¿Se lo preguntó a otros compañeros?

L.—Sí, se lo preguntó.

F.—¿A qué atribuye usted ese misterio respecto a la barba?

L.—No me lo explico.

F.—¿Le instó para que declarase que llevaba barba?

L.—Indicaciones no me hizo, pero me le dijo repetidas veces.

La acción popular.

Ballesteros.—Ha dicho usted que no conocía a Varela hasta que repartió los utensilios. ¿Cómo dijo usted cuando le preguntó Díaz. ¿Ese es Vázquez Varela?

L.—Porque me lo dijeron.

B.—Esas indicaciones que le hizo a usted Díaz, ¿en qué sentido fueron?

L.—Pues en sentido que el preso tenía barba.

B.—¿Y por eso presumía usted que le aconsejaban que lo declarase así?

L.—Sí, señor, me lo figuraba. (Rumores.)

JUAN SOLA

De 40 años. Practicante de la Cárcel Modelo.

Ballesteros.—¿Conoce usted a Varela?

Sola.—Le conocí ocho días antes del suceso que nos ocupamos y le conocí porque me dijeron que pintaba y quise verle.

B.—¿No necesitaba usted permiso para verlo?

S.—Como facultativo, no.

B.—¿Pero ¿para conversar?

S.—No, pero tenía la puerta entreabierta.

B.—¿Lo permite eso el reglamento?

S.—No, señor.

B.—¿Cree usted que se pueda salir de la cárcel?

S.—Sin ganar por dinero a los vigilantes, no.

B.—¿Ganándolos, sí?

S.—Sí, pero no lo creo.

B.—¿Tiene usted noticias de un penado que falleció en la enfermería?

S.—Sí, murió de una afección pulmonar.

Defensor de Millán.

Cobena.—¿Tendría que ganar a muchos empleados el que quisiera salir de la Cárcel?

S.—De noche cuatro, de día quince ó veinte.

FERNANDO LEÓN VARELA

De 26 años, soltero, cesante de contribuciones.

Ballesteros.—¿Conoce usted a Medero y dónde le vio el 1.º de Julio?

León.—Le conozco y le vi en el Casino Popular a las dos de la tarde.

B.—¿Le vio usted el día 2º?

L.—Por la tarde.

EVARISTO LEZCANO

De treinta y nueve años, casado, industrial.

Ballesteros.—¿Es usted dueño de algún establecimiento?

L.—Sí, almacén de camas, Fuencarral, 109.

B.—¿Conoce usted a Varela?

L.—No, señor.

B.—¿Observó usted en la calle, frente a su establecimiento, que paseara una persona con frecuencia?

L.—No, señor.

B.—¿Ni a un joven que miraba con frecuencia a los balcones de doña Luciana?

L.—No, señor.

FRANCISCO M. TEJERO

De 49 años, camarero de café.

G. O.—¿Es usted camarero del café de Madrid?

T.—Sí, señor.

G. O.—¿Conoce usted a Varela?

T.—Hace cuatro años.

G. O.—¿Le vio usted en el mes de Julio?

T.—No, señor.

G. O.—¿Y sabe usted si le vieron otros?

T.—No lo sé.

G. O.—¿Sabe usted si salió de la Cárcel Varela mientras extinguía condena?

T.—No, señor.

G. O.—¿Ni ha oído usted que otro camarero le sirvió una comida en el mes de Junio?

T.—No lo he oído.

G. O.—¿Pido que no se retire el testigo.

R. A.—¿Conoce el testigo a algún Luis Rafo?

T.—No, señor.

Presidente.—Que se espere el testigo fuera.

GUILLERMO GARCÍA HIDALGO

Ballesteros.—¿Conoce usted a Varela?

Guillermo.—De vista.

B.—¿De cuándo le conocía usted?

G.—Desde que vivía en la calle del Barquillo. Lo conocí, porque cuando hirió a su madre tuve curiosidad de conocerle y me lo enseñaron.

B.—¿Le ha visto usted muchas veces?

G.—Le he visto en los bailes de la Alhambra y la Zarzuela, en los cafés. También la última vez que le vi fué en Abril.

B.—¿Conoce usted al doctor Taboada y ha hablado usted con él de esta causa?

H.—Le conozco, pero hemos hablado de esta causa como de otras muchas cosas.

B.—¿Recuerda usted si dirigió un oficio al doctor Bolívar?

H.—Sí, señor. Fué cuando se dijo que doña Luciana tenía algún acto de fuerza de su hijo, pues ya en una ocasión había tratado de rociar su cama con petróleo.

B.—¿De modo que el juzgado le llamó a usted solo para averiguar si había visto en la celda a Varela, pero no para los demás extremos?

H.—Sí, señor, para eso.

Acusación privada.

M. Muñoz.—¿Cuándo prestó usted declaración?

H.—Creo que el 14 de Julio.

Fiscal.—¿Cómo se llama el doctor que ha aludido?

H.—El doctor Bolívar.

Rojo Arias.—Como el testigo ha citado a otro que aún no ha comparecido, pido que se cite a éste para que se verifique entre ambos un careo.

Ballesteros.—Está citado para hoy.

Presidente.—Pues si está que entre aunque se altere el orden. (Sale Hidalgo.)

DON JOSÉ BOLIVAR

De 40 años. Soltero, médico.

Ballesteros.—¿Conoce usted a doña Luciana?

Bolívar.—Sí, señor, la conocí con ocasión de haber recibido una herida en la región glútea, que interesaba la piel, de cuatro centímetros de espesor, siendo necesario darla cuatro puntos de sutura. A los ocho días estaba cicatrizada. Se la asistió a dos visitas diarias. Yo no era el médico de cabecera, lo era el Sr. Coll. Sin embargo, doña Luciana me invitó a que continuase visitándola.

B.—¿Dijo a usted doña Luciana quién la hirió?

Bolívar.—Doña Luciana me dijo cosas muy graves; que estaba acobardada con su hijo que la amenazaba con matarla si no le daba dinero. Pareció que un día tuvieron una reyerta madre e hijo y doña Luciana cayó sobre un armario de luna, rompiendo el cristal; pero la herida no fué causada por el vidrio.

B.—¿Vió usted entonces a Varela?

Le vi a los tres ó cuatro días; doña Luciana me excitó a que le diese un buen consejo; le hablé y le di consejos que ignora si quiso aceptar.

B.—¿Y ha hablado usted con un inspector de lo que acaba de decir?

Bolívar.—Sí, señor; a muchos amigos, entre ellos al inspector Sr. García Hidalgo.

B.—Le dijo a usted doña Luciana que Varela pensó rociarla la cama de petróleo.

Bolívar.—Me dijo que le encontró un día con la botella de petróleo en la mano.

Fiscal.—¿Asistió usted solo a doña Luciana?

Bolívar.—Solo, pues el médico de cabecera sólo tuvo conmigo una consulta.

Fiscal.—¿Puede asegurar que la herida fué de cuchillo ó navaja?

B.—Sí, señor. El cristal era muy grueso y la herida muy fina. Por fuerza debía ser con arma cortante.

F.—¿Pues no pudo romperse de modo que pareciera un arma?

B.—Sí, pero doña Luciana estaba vestida y las cortaduras del traje no pudo producir un cristal.

F.—¿Cómo pudo concederle tanta confianza doña Luciana?

B.—No tenía en el mundo cariño alguno, y al ver el que le tenía su médico, me lo dispensó.

F.—¿Manifestó usted al Sr. García Hidalgo que Varela había echado petróleo a la cama de su madre?

B.—Fícharlo; no; pretenderlo, sí, según me dijo doña Luciana.

Defensa de Varela.

Rojo Arias.—¿El testigo calificó de leve la lesión de doña Luciana?

B.—No, señor; de pronóstico grave, y así lo manifesté al juez de primera instancia.

R. A.—¿De modo que hasta cuatro ó cinco días no modificó su pronóstico, creyendo luego que la herida no tenía gravedad?

B.—La herida hasta que no se cicatriza no puede decirse que no tiene gravedad.

R. A.—¿El testigo visitaba dos veces diariamente a doña Luciana?

B.—Porque aquella señora lo deseaba, después de los primeros días.

R. A.—¿Pues no ha dicho...?

P.—Ya lo ha dicho, en efecto.

R. A.—Quiero tratar la cuestión científicamente. (Grandes rumores.)

Me importa que se diga científicamente el punto en que recibió la lesión doña Luciana.

B.—En la nalga.

R. A.—¿En qué lugar? (Rumores.)

B.—En el centro de la nalga.

R. A.—Vió un armario de luna roto: ¿estaba el armario en pie?

B.—En pie.

R. A.—¿De modo que el cristal era el roto?

B.—Sí, señor, un pedazo.

R. A.—¿De modo que esa rotura pudo producir la doña Luciana?

B.—Pudo romperla al caer.

R. A.—No hubiera sido difícil que los pedazos de cristal cayeran al suelo debajo de doña Luciana.

B.—Pudo ser.

R. A.—¿Y esa lesión no pudo resultar de una reyerta, en la cual doña Luciana se interpusiera entre dos combatientes?

Presidente.—El hecho está juzgado y ejecutoriado y no hay que hablar ya de él.

R. A.—Ese antecedente se trae para agravar la situación de Varela, y necesito volver sobre la declaración del testigo.

¿Considera más natural que la dicha lesión pudo ser producida por otra persona, para evitar una lucha, sin que la persona que la hirió tuviese esta intención?

B.—A eso yo no tengo nada que contestar; yo no acuso a nadie, y no digo más sino que doña Luciana tenía una herida cortante e incisa.

R. A.—¿Qué opinión tiene respecto a quien se la hizo?

B.—Creo que fué directamente dirigida a ella la herida.

R. A.—¿Cuándo le hizo doña Luciana la primera confesión sobre los tratamientos de su hijo?

B.—Al tercer día de asistirla, otras después, porque me retenía, aunque yo le decía que tenía mucho que hacer.

R. A.—¿No vió la cara el primer día a Varela?

¿Estaba en aquella cama doña Luciana y habló a Varela en la misma posición?

B.—En efecto. Estaba Varela tapado y no sé si expresaba tristeza ó no.

R. A.—¿Las dos veces que aquel día la visitó vió lo mismo?

B.—Sí, señor.

R. A.—¿Tuvo usted alguna reclamación de honorarios que hacer contra doña Luciana?

B.—No señor, ninguna.

DON JOSÉ LOMBILLO

De 24 años, soltero, propietario.

García Ortega.—¿Cuanto tiempo hace que el testigo conoce a Varela?

T.—Doce ó trece años. Desde que estuvo en el colegio conmigo.

G. O.—¿Qué conducta tenía Varela?

T.—No la tenía mala.

G. O.—¿Era aplicado?

T.—No era muy aplicado.

G. O.—¿Siguió la amistad entablada entonces?

T.—No señor.

G. O.—¿Por qué?

T.—Porque yo estuve fuera y luego ya ni nos saludábamos.

G. O.—¿Ha oído usted si salía de la cárcel?

T.—No señor.

ANDRÉS MENÉNDEZ

Cochero. Fué procesado hace unos diez años por un atropello. Nada más.

Ballesteros.—En Junio del año pasado, ¿era usted dueño del coche núm. 32, de punto en la Puerta del Sol?

T.—Sí, señor.

B.—¿Quién era el dueño del coche?

T.—El Sr. D. Ricardo Santamaría.

B.—¿Conoce usted a Varela?

T.—No señor.

B.—¿No ha dicho usted a nadie que el día 1.º de Julio llevó a Varela y a un amigo suyo desde la Puerta del Sol a las inmediaciones de la Cárcel Modelo?

T.—No, señor.

B.—¿Cuántas veces ha declarado usted?

T.—He tenido una declaración y un careo con un sereno de la calle de Fuencarral.

B.—¿Leyó usted la declaración?

T.—No, señor.

B.—Ruego al señor presidente que el testigo no se aleje del local por si hay que carearle.

Presidente.—Así se acuerda.

EDUARDO BERMUDEZ

De 41 años, casado, escritor. Es amigo de Vázquez Varela, y conoce al Sr. Millán Astray.

G. O.—¿Qué clase de amistad tiene el testigo con Varela?

T.—Solemos reunirnos en algunas ocasiones; la amistad entre hombres jóvenes.

G. O.—¿El trato con Varela era ó no superficial?

T.—Era superficial.

G. O.—¿Y iban ustedes juntos a los sitios que frecuenta la gente joven?

T.—No, señor. Nos veíamos en ellos.

G. O.—¿De suerte que era usted amigo íntimo de los amigos íntimos de Varela?

T.—No se quienes sean los amigos íntimos de Varela.

G. O.—¿Recuerda el testigo lo que declaró ante el juzgado?

T.—Sí, señor. Me preguntaron si conocía a Varela y dije que sí. Me preguntaron si le había visto en la calle y dije que no. Pero cité algunos nombres de amigos que le habían visto, D. José Joaquín Torres y D. Luis Trigueros entre ellos.

G. O.—¿Donde dijeron estos que le habían visto?

T.—Cerca del Conservatorio.

G. O.—¿Oyó ó dijo el testigo que quien podía dar noticias de la salida de Varela, era el inspector Hidalgo?

T.—Así lo dijo en el cuarto de la prensa del ministerio de la Gobernación el Sr. Trigueros.

F.—El testigo que decía que había visto a Varela cerca del Conservatorio, citó fecha?

T.—No, señor.

CAREO ENTRE ENRIQUE CABILDO Y RAMOS QUERENCIA

Presidente.—Habiendo llegado Enrique Cabildo, va a celebrarse el careo entre este testigo y Ramos Querencia. Que pasen.

Entraron los dos testigos. Se colocan frente a frente.

Empieza el careo.

Rojo Arias.—Al testigo Ramos Querencia no le hago ninguna pregunta sobre las dudas que abrigo respecto al estado de sus facultades intelectuales.

Al testigo Cabildo le digo si conoce la declaración de Ramos Querencia. ¿La conoce?

C.—Por lo que he leído en la prensa, la conozco.

R. A.—Ha dicho el testigo Cabildo que el 2 de Julio por la mañana, sólo habló con él en el paseo celular Ramos Querencia, y además, que éste debía estar borracho.

P. a R. A.—¿Insiste usted en la conversación que tuvo con el testigo?

R.—Sí, señor. El testigo oyó la petición que me hicieron el día 1.º para que llevara una carta a la hermana del preso 36. El día 2 me preguntó que qué tal me habían recibido.

Contesté que mal. Me dijo que él no conocía a la hermana de dicho preso, pero que Pepito la conocía.

C.—No es cierto que yo dijera eso.

Ramos.—Es verdad. Como tampoco en el segundo paseo vino Pepito, añadió el testigo: «Esta noche no ha dormido en su celda. Ande usted con cuidado, Varela sale de la cárcel y el mejor día va usted a tener un disgusto.»

Presidente a Cabildo.—¿Es verdad?

Cabildo.—No, señor. Es verdad todo lo que ha dicho de que le pidieron que llevara una carta y de que le recibieron mal. También dijo que había llevado otra carta al Sr. Villodas de un preso que le pedía dinero. No hablamos más.

P. a R. A.—¿Qué tiene usted que decir a todo eso?

Que falta a la verdad y que yo he dicho todo lo ocurrido tal como sucedió.

C.—Falta usted a la verdad.

R.—Quien falta a la verdad es usted.

C.—Usted.

R.—Usted.

Presidente.—¡Orden!

Fiscal a R. A.—¿Cuanto tiempo duró su conversación con el testigo?

R.—Quince minutos.

F.—¿Y la conversación de Cabildo con Vázquez Varela?

R.—No tenía el reloj en la mano. (Risas.)

F.—¿Próximamente?

R.—Duraría desde las ocho y media que empezó hasta las diez.

F.—¿Cuanto tiempo duró el paseo celular aquella mañana?

R.—Dos horas.

F.—¿Cuanto tiempo duró el paseo de Vázquez Varela?

R.—Desde que entró hasta que se fué. (Risas.)

F.—¿Cuanto?

R.—Una hora y media.

F.—¿Fué entonces cuando oyó usted todo lo que ha referido?

T.—Sí, señor.



Ballesteros.—Conste que el testigo dice «Yo creo en conciencia que aquel era Varela, y que seguiré creyéndolo mientras no se pruebe lo contrario.» ¿no es esto?

T.—Sí.  
B.—¿Habló usted con él?  
T.—Sí. Nos dimos las buenas noches.  
B.—De suerte que para usted aquel que vio sigue siendo Varela.

T.—Sí.  
F.—¿Pero no niega usted que pudo haberse equivocado?  
T.—Eso no lo niego. (Rumores.)  
P.—Se suspende el juicio por cinco minutos.

Se reanuda el juicio a las cuatro y media. En el intermedio las conversaciones son muy animadas e interesantes. Se dice que el Sr. Millán Astray ha tenido que retirarse del juicio por hallarse indisputado. La indisposición sin duda ha sido solo un ligero desvanecimiento, porque al reanudarse la sesión el Sr. Millán Astray ocupa su sitio de costumbre.

El calor es sofocante. Cuesta mucho trabajo imponer silencio. Ya restablecido y los procesados en sus puestos dice el presidente:

*Sigue el juicio*

LUIS TRIGUEROS

Tiene 33 años. Es casado. Está empleado. Es periodista.

G. O.—¿Es cierto que el testigo en el cuarto de la prensa del ministerio de la Gobernación dijo que el inspector Sr. Hidalgo había visto en un tendido de la plaza de toros al procesado Vázquez Varela, por los días en que debía estar en la cárcel?

T.—No, señor.  
G. O.—Solicito en vista de esta contestación, un careo entre el testigo y el Sr. Bermúdez.  
Se busca al Sr. Bermúdez y no se le encuentra. Se deja el careo para el sábado.

ALEJANDRO SAWA

No tiene ninguna religión positiva. Es publicista. Tiene 26 años. Su estado, soltero.

G. O.—¿Ha prestado declaración el testigo en esta causa?

T.—Sí, señor.  
G. O.—¿Y qué declaró usted?  
T.—Que un redactor de *El Eco Nacional* había dicho a presencia mía que había creído ver a Varela a la puerta del Conservatorio.

G. O.—¿Recuerda el testigo si el redactor a que se refiere, dijo que era Varela de un modo categórico?

T.—Dijo que creía haberlo visto disfrazado de blusa.

Acusador privador.—¿Quién lo dijo?

T.—Un redactor de *El Eco Nacional*.

F.—¿Dijo solo ese redactor que creyó haber visto a Varela?

T.—Sí, señor.  
F.—Me basta.

JUANA PANIAGUA

Es camarera, soltera, de 18 años, bajita y gorda.

G. O.—¿Conoce la testigo a Varela?

T.—Sí, señor.

G. O.—¿Hace mucho tiempo?

T.—Cuatro años.

G. O.—¿De qué?

T.—De que concurría al café nuestro.

G. O.—¿Qué café?

T.—El café del Brillante.

G. O.—¿La leyeron a la testigo su declaración?

T.—No lo recuerdo.

G. O.—¿Cómo entonces dijo que no conocía a Varela y ahora dice que sí?

T.—Porque me le enseñó hace pocos días una compañera mía.

F.—¿Cuándo vio la testigo a Varela en el café?

T.—Hace más de dos años.

FRANCISCA LOZANO

Se la conoce por el nombre de Paca la Romera. Es soltera. No ha sido procesada. Ejerce de camarera. Es lo que se llama una *barbiana*.

G. O.—¿Conoce usted a Varela?

T.—Sí, señor.

G. O.—¿Iba al café?

T.—Sí. Iba con algunos amigos.

G. O.—¿Recuerda con qué amigos?

T.—Con Medero.

G. O.—¿Iba éste mucho con él?

T.—Casi siempre.

G. O.—¿Hizo la testigo alguna otra declaración en el sumario?

T.—No, señor.

G. O.—¿La leyeron a usted su declaración?

T.—No, señor.

ANTONIO DE LA FUENTE, DIAMANTISTA

Ortega.—¿Era amigo de Varela?

A.—Sí, señor.

G. O.—¿Tiene mucha confianza con él?

A.—Regular, nada más.

G. O.—¿Y sin embargo le tutea?

A.—Tengo con él confianza bastante para tutearle.

G. O.—¿Conoce usted a Medero y a Lossa?

A.—Solo a Medero.

G. O.—¿Hacia mucho tiempo que no veía a Varela?

A.—Hará un año.

G. O.—¿Sabe el testigo si mientras Varela cumplía condena salía de la cárcel?

A.—Lo sé por lo que la prensa ha dicho.

PEDRO BRAVO, CAMARERO

Ortega.—¿Conoce usted a Varela?

B.—No, señor, no he oído hablar de él hasta después del crimen.

G. O.—¿Ha oído hablar de él a alguno de sus compañeros del café de Levante?

B.—No, señor.

BRAULIA GÓMEZ

García Ortega.—Renuncio a su declaración por ser una de las que intervinieron en el testimonio de la de Talavera que ya resulta innecesaria. (Se retira.)

MIGUEL VALLE, EMPLEADO

Ortega.—¿Qué cargo tiene usted en la Cárcel Modelo?

V.—Conserje.

G. O.—¿Cuáles son sus obligaciones.

V.—Encender las luces y demás ocupaciones de la conserjería.

G. O.—¿Los dos empleados que se quedan de noche en la portería, se quedan los dos en vela?

V.—Uno de ellos descansa.

G. O.—En la portería interior, ¿cuántos hay?

V.—Uno, en ella se queda de guardia toda la noche.

G. O.—¿De modo que quedan de guardia cuatro desde el centro de vigilancia hasta la calle?

V.—Sí, señor.

G. O.—Mientras el vigilante encargado de las filiaciones entrega a un preso, ¿quién queda en el centro de vigilancia?

V.—Nadie, porque está solo.

G. O.—Si son cinco los empleados que quedan de guardia, ¿cómo ha dicho que se necesita la concurrencia de diez o doce para que salga un preso?

V.—Me refería a una salida durante las horas del día; de noche quedan cuatro empleados nada más. El preso que logre salir de la cancela, está libre, lo mismo de día que de noche.

G. O.—¿De modo que el portero exterior no hay que contarle?

V.—No, señor.

Defensa de Millán.

Cobena.—¿Cuando entra un preso se cierra la cancela?

V.—Siempre está cerrada.

ALEJANDRO LÓPEZ, EMPLEADO

Ortega.—¿Ha prestado usted declaración antes que ahora?

A.—Sí, en el sumario; dije entonces que consideraba poco menos que imposible la salida de un preso de la cárcel sin concurrencia de varios empleados.

G. O.—En el centro de vigilancia, ¿queda un solo empleado por la noche?

L.—Uno solo: el otro descansa.

G. O.—¿Quién se queda en la oficina de filiaciones mientras usted sale de ella?

L.—Un compañero.

Rojas Arias.—¿Puede faltar un preso mucho tiempo de su celda sin que los vigilantes noten su ausencia?

L.—No, señor.

R. A.—¿Cuánto podría tardarse?

L.—Podría suponerse que estaba en paseo; pero la vigilancia sobre el preso haría que a las dos o tres horas se notara su ausencia.

Defensa de Avila.

Pérez de Soto.—¿No ha estado un preso oculto y fuera de su celda veinticuatro horas?

L.—Porque se notó la falta y se le buscó.

P. de S.—¿Pues no hay paseos hasta de hora y media?

L.—Sí, señor.

Defensor de Millán.

Cobena.—¿El vigilante que recibe presos en la celda, se guarda las llaves de esta?

L.—Sí, señor.

P. de S.—¿Pero la cancela queda sola?

C.—Sí, pero como el vigilante se lleva la llave, la cancela siempre queda cerrada.

Defensa de Varela.

R. A.—¿Puede salir por otro punto algún preso?

L.—No, señor.

Presidente.—¿Quién tiene la llave de la cancela?

L.—El empleado encargado de llevar los presos al centro de filiaciones.

Presidente.—Se suspende la sesión.

Son las seis.

## ECOS DEL EXTRANJERO

TELEGRAMAS DE LA AGENCIA LIBRE

LOS PATRIOTAS Y LOS TRIBUNALES FRANCESES

PARIS 2.—Con inmensa concurrencia se ha celebrado la primera vista, en el tribunal correccional, del proceso instruido contra la Liga de Patriotas.

Se han tomado grandes medidas de orden público.

Daronle ha dicho que la Liga está organizada militarmente, puede movilizarse y armarse con rapidez, pero no es secreta.

En el mismo sentido y con arrogancia verdadera, han hablado Mr. Laguerre y otros procesados.

COMIDA ENTRE ENEMIGOS

PARIS 3.—Se ha dado un banquete, en la embajada alemana, en honor del presidente de la República francesa.

Asistieron a él además de Mr. Carnot los presidentes de los cuerpos colegisladores y los ministros monsieur Tirard y Mr. Spuller.

BOULANGER EN FUGA

PARIS 3.—Según dice, con su firma, en *La Presse*, el diputado Laguerre, el ex general Boulanger, a pesar de su deseo y aconsejado por sus amigos, ha salido de Francia para evitar las acusaciones judiciales que sobre él pesan.

*La Presse* ofrece, en su ausencia, continuar la campaña de Boulanger, e inspirarse en las ideas y propósitos de éste.

LOS VINOS EN FRANCIA

PARIS 3.—Hay poca concurrencia de compradores, a pesar de estar en baja los vinos.

En la Gironde hay menos demandas que ofertas y se venden a precios bajos los vinos ordinarios.

NOS ALEGAMOS

PARIS 3.—Hallegado a la costa inglesa, desde Biarritz, sin novedad, la reina Victoria.

ECOS DE TODAS PARTES

Según se decía ayer tarde en el Congreso, el Gobierno piensa admitir cuantas dimisiones presenten los alcaldes de las distintas provincias de España.

Los Sres. Sagasta y Abascal han celebrado ayer tarde una larga conferencia sobre cuestiones municipales.

D. José parece se ha mostrado resentido por lo que ocurre en el ayuntamiento.

Ayer a las doce y media, cuando se terminaba la función en el teatro Real, intentó por

ner fin a su vida, disparándose dos tiros en la cabeza, un joven decentemente vestido, que representa tener unos 18 años.

En muy grave estado fué conducido a la Casa de Socorro.

En uno de los bolsillos se le encontró esta apuntación: Fuentes 10, 2.º

El hecho ocurrió en la Plaza de Oriente.

## CONSEJO DE MINISTROS

Comenzó a las 9 y media de la noche, terminando a las 2 de la madrugada.

No se facilitó nota oficial a la prensa.

Según particularmente digeron los ministros en su reunión sólo se había tratado de presupuestos, aprobándose el de la Presidencia, y comenzando la discusión del de la Guerra.

No se trató, según declaración de los consejeros, ni de listas electorales, ni de irregularidades del Ayuntamiento.

La *Revista Comercial*, de Valencia, dice que pasa de 20,000 el número de industriales que deben proveerse de patente para la venta de alcoholes en aquella ciudad, y a pesar de ello sólo han sido pagadas siete, que importan la cantidad de 250 pesetas.

La Deuda flotante no ha tenido ninguna alteración en el mes de Marzo. Su importe es, por lo tanto, en 1.º corriente de 158.280.000 pesetas.

El sábado próximo, anterior al Domingo de Ramos, marchará el Sr. Romero Robledo a San Sebastián, donde permanecerá hasta pasadas las vacaciones parlamentarias de Semana Santa, o algo más.

Ha sido nombrados:

Director de la Escuela de Arquitectura de Barcelona, D. Francisco de P. Villar; ayudantes interinos de anatomía de Madrid, D. José F. y Robina, y de clínica de la Universidad Central, D. Manuel Noya; decano de la facultad de Derecho de Valladolid, D. Juan J. Mambriella, y catedrático de historia crítica de España de Salamanca, a D. Timoteo Muñoz Osca.

El ministro de Marina ha puesto ayer a la firma de S. M. los decretos disponiendo pase a la escala de reserva el contralmirante Sr. Suances, y nombrando oficial primero del ministerio al coronel de artillería de la Armada don Santiago Rodríguez Lagunilla.

También ha aprobado S. M. una propuesta reglamentaria de ascensos motivada por fallecimiento del coronel de artillería de 1.ª Armada D. Angel García.

El doctor Andreu de Barcelona ha publicado una minuciosa historia de sus especialidades farmacéuticas y en particular de sus acreditadas cajas de Pastillas contra la tos, en la cual se citan datos que evidencian la inmensa popularidad que ha tomado este artículo en todas las partes del mundo y en ella se leen también el gran número de felicitaciones que ha obtenido dicho doctor, no sólo de particulares, si que de corporaciones y centros científicos de todos los países. Le deseamos igual suerte con el Elixir de Mentholina que prepara para curar las enfermedades de la boca y hermosear la dentadura y se encuentra en las mismas Farmacias.

Ayer a las diez, vimos correr por la acera del ministerio de la Guerra, buen golpe de gente y algunos camareros que gritaban: ¡Detener a ese coche! ¡A ese cochero! ¡A ese!

Momentos antes, con los faroles apagados y corriendo a todo galope, pasó un coche de alquiler por aquel sitio.

En la esquina del edificio, en construcción, del Banco de España se reunió un corrillo de gente.

Allí oímos quejas por no hallarse en aquel sitio, un solo guardia de Orden público. Parece que el cochero en cuestión se metió en la acera de la calle del Barquillo, y rompió algunos cristales del café de Cervantes.

ECOS TEATRALES

REAL

A beneficio del bajo Sr. Uetam, en función fuera de abono, y por primera vez en la actual temporada, se cantó anoche en el regio coliseo la ópera de Gounod, *Fausto*, por las señoras Bendazzi y Treves, y los Sres. Giannini, Menotti y el beneficiado.

Debutaba en Madrid la Sra. Bendazzi, sólo conocida de nombre y por los elogios que a dicha soprano han tributado los periódicos de Italia, y se sabía además que estaba contratada este año para el primer teatro de la Opera, en Roma, cuyo empresario tronó.

Desde su primera salida con la frase—*io no son dami gella, ne bella*—que dijo con exquisita afinación, buen gusto y correcta escuela de canto, se captó las simpatías del público que la premió con un aplauso de aprobación.

La Sra. Bendazzi se hallaba indudablemente emocionada, pero aquel aplauso la alentó y la estimuló.

En el acto siguiente ejecutó irreprochablemente el aria y vals de las joyas, diciendo con sumo arteel recitado que le precede y la leyenda—*C'era un re*—conquistando un nutridísimo y prolongado aplauso que constituyó una ovación.

Ya la Sra. Bendazzi quedaba y quedó aceptada como excelente cantante y como actriz de talento, y en el resto de la ópera fué premiada como tal artista con tres llamadas al proscenio, al terminar el dúo final de dicho acto, con otras dos llamadas al concluir la gran escena de la *chiesa*, y con otras tres o cuatro salidas al finalizar la ópera, distinguiéndose muy especialmente en el último acto, porque se mostró artista de corazón cantando con verdadero acento dramático y con energía al par que con exquisita afinación, que es la cualidad relevante de la Sra. Bendazzi.

No posee la Sra. Bendazzi una voz de ex-

traordinaria extensión en el registro sobreagudo, pero es bien timbrada por igual, por igual voluminosa y de una sonoridad agradable, mostrando al mismo tiempo ser cantante de estudio y una actriz de mucho talento, con todo lo cual resulta una artista excelente.

Como ha de cantar otras óperas, completaremos después de haberla oído el concepto que nos mereció anoche, o reformaremos nuestro juicio.

La Sra. Treves, que también pisaba anoche por primera vez las tablas de la regia escena, hizo un *Stiebel* bastante aceptable, vistió con gusto y elegancia, y fué muy aplaudida en el aria del jardín.

El Sr. Giannini, que improvisadamente tuvo que suplir al Sr. Garulli, que era otro de los debutantes anunciados, cumplió como bueno. Fué aplaudido en el prólogo, más apaudido en la romanza—*Salve dinora casa è pura*,—llamado a la escena tres veces con la triple al final del acto segundo y otras cuatro veces más con la triple y el bajo a la conclusión de la ópera.

Menotti hizo un *Valentino* de primer orden, distinguiéndose en el terceto del duelo y gran escena de la agonía, que le fué premiada con tres llamadas al proscenio.

Los honores de la noche correspondieron de hecho y de derecho a nuestro insigne compatriota el bajo eminente Sr. Uetam, que escuchó atronadores y prolongadísimos aplausos en la canción *Dio del cor*, en la serenata del tercer acto y en la interesante escena de la *chiesa* y solemnes cantos del grandioso dúo, contribuyendo además al brillo y perfección de todas las demás piezas de la ópera en que intervino.

La serenata tuvo que repetirla entre una explosión de aplausos y al terminar este canto le fueron ofrecidos en la escena como homenajes a su talento los siguientes obsequios:

Una corona, del señor conde de Michelena.

Otra corona, de D. B. Ferrer.

Otra corona, de varios amigos.

Otra corona, de un admirador.

Una copa de bronce, magnífica, con tripode alto del mismo metal, hermoso objeto de arte, de los Sres. Gamazo y Maura.

Un precioso sello de bronce, del Sr. Giannini.

Un cuadro al óleo, (marina y rocas), del señor San Martín.

Otro cuadro al óleo, con una artística alegoría de las mejores creaciones de Uetam, del Sr. Font.

Una licorera, del Sr. D. M. Miralda.

Una copa de cristal con pié de plata, del señor Samaniego.

Un bonito álbum, del Sr. D. G. Barrueco.

Dos elegantes jarras de porcelana, del señor Isern.

Y otros varios objetos.

El Sr. Uetam, que lleva ahora tres temporadas seguidas de cantar en Madrid, se despidió anoche con gloria y con honra.

Que sea enhorabuena, insigne español, y que le veamos por acá también el año que viene.

Ni esta noche ni mañana habrá función en el regio coliseo, para dar lugar a los ensayos de *I pescatore di perle*, que se pondrá en escena con toda seguridad el sábado, para el turno primero impar.

## APOLLO

Los artistas que forman la compañía de este teatro, de han constituido en sociedad, renunciando a las especulaciones que se les ofrecían en provincias, y reanudarán desde mañana las representaciones en aquel coliseo, por el que tantas simpatías demuestra el público de Madrid.

Dichos artistas cuentan con obras nuevas de reputados autores y maestros, las cuales serán estrenadas en breve plazo.

Aseguramos honra y provecho a la nueva y artística empresa.

Gaceta de hoy.

MARINA.—Real orden disponiendo que el contraalmirante D. Victoriano Suances, pase a la situación de reserva.

—Otra nombrando oficial primero de este ministerio al coronel de artillería de la armada, D. Santiago Sagunilla.

GRACIA Y JUSTICIA.—Real orden sobre movimiento en el personal de la magistratura.

Bolsín de hoy.

MADRID.—Contado, 00'00.—Fin de mes, 75'00, —Próximo, 00'00.

BARCELONA.—Interior, 75'07.—Exterior 77'00.

PARIS.—75'75.

LONDRES.—74'37.

Almanaque.

SANTO DE HOY.—San Isidro, arzobispo de Sevilla.

Especiales pa hoy.

TEATRO REAL.—No hay función.

TEATRO S. ANOL.—A las ocho y media.—F. 148 de abono.—T. 1.º par.—La jura en Santa Gadea.—Sainete.



